

EL CIELO Y LAS NUBES

Clarín

EN SANTIAGO, Chile, el verano no tiene nubes. Se ven lejos, sobre la cordillera, masas enormes de nubes blancas, cúmulos, las llamadas nubes de verano. Sólo son temibles para los trepadores de altas montañas, pues llevan dentro chubascos, no para el Valle Central.

A principios de diciembre y a veces antes, a mediados de noviembre, las nubes desaparecen sobre Santiago del Nuevo Extremo. Suele ocurrir que en enero haya una perturbación y que venga una tormenta y haya un chaparrón y hasta puede caer un rayo en San Pablo abajo, pero nada más. Después de eso, cuando sucede, y hasta abril o mayo, el cielo permanecerá limpio de nubes: verano y casi todo otoño, despejados. Ese es el cielo de mi ciudad, sin tomar en cuenta el smog, que es igual en verano y en invierno. Pero el smog es cosa no natural y nueva - además no entra en los cálculos de los meteorólogos - es cosa de los hombres, no del cielo.

Este estado de ciclo de mi ciudad se extiende varios grados hacia el sur, a todo el Valle Central. Se echa a perder cuando la Cordillera de la Costa empieza a desaparecer en el mar y el Valle Central a hundirse en los lagos del Sur. Ese es otro régimen y yo me refiero a aquel en que he vivido durante tantos años, que ya me lo sé de memoria, es como mi cara y mi cuerpo, mi piel y mis manos.

Pero ahora estoy en otro verano, un verano subtropical, y un régimen de órdago. Durante el invierno La Habana, por más que los habaneros y los no habaneros sientan un poco de frío, el tiempo es maravilloso.

Puede haber nubes, pero esas nubes no asustan a nadie. El alisio del Norte, además se las lleva hacia el Caribe, las mete en el

trópico y quizá las vuelve feroces, pero eso ¿a quién le importa? A nadie. Por desgracia, el invierno ni el verano son eternos en ninguna parte, y entonces vienen las nubes ¡ Y qué nubes las de aquí !.

Al día siguiente de aquella conversación con el cubano a quien pregunté cómo se vería un ciclón desde el piso vigésimo del Habana Libre, contestándome él que en caso de haber un ciclón lo mejor que podía hacer era bajar de ese piso, meterme en el primero y quedarme allí tranquilito, con lo cual me sentí como una vulgar cucaracha y no como un oteador de ciclones. Al día siguiente, amanecieron un cielo y un mar y una tierra extraordinarios, limpios, esplendentes. Nada se movía, no había nubes ni vientos.

Ya acostumbrado a las siniestras nubes, me pregunté: ¿ qué pasa?. Algo llamó mi atención: a quinientos metros de la orilla del mar, hacia adentro, las aguas mostraron cabrillas, en momentos que en tierra no había un soplo de viento. El horizonte terrestre que desde que llegó el verano no ha tenido más de una milla o milla y media, pues está siempre cubierto de brumas de la evaporación, estaba tan claro como el del mar. Todo eso me sobresaltó y más me sobresalté al recordar aquello de "la calma que precede a la tempestad", ¿Qué pasa? ¿Qué va a pasar?, mejor dicho. Lo que pasó es que el día siguiente amaneció lo mismo. Entonces me conseguí unos libros que trataban del tema y me puse a leer.

Por el primero me enteré de que en el Atlántico, al norte del Ecuador, entre América del Sur y Africa, existe un área de bajas presiones barométricas, en la que los vientos suelen ser ligeros y variables, casi juguetones, y allí son frecuentes las tormentas llamadas convencionales, que tienden a ser redondas.

¿Cómo se forman, con esos vientos juguetones, las grandes tormentas? La formación es un poco misteriosa, dice otro de los li-

bros, que acepta que su origen está en la perturbación ondulatoria de la onda aérea del Este. Y se propone un modelito para explicar su energía y su movimiento y cómo se origina el vórtice: El vórtice espiral ciclónico especial, o el ciclón propiamente dicho, es el espacio limitado por la superficie lateral de revolución que se genera por el movimiento circulatorio de las masas de aire concentrada por los vórtices anticiclónicos".

O sea, que dos o tres vórtices anticiclónicos que juegan inocentemente sobre el mar y con gran altura, van dejando caer, en el hueco trianguloide central, que forman entre todos ellos, energía cinética y eléctrica, junto con calor y humedad, hasta que el sumidero, lleno ya de todo, se independiza y se echa a andar. ¿No está claro?

Sí, me dije, pero ¿cuáles son los signos? El tercer libro dice que aparece en el horizonte una barra de poco tamaño, que un marino podría confundir, navegando, con una tierra próxima. A medida que la tormenta avanza, la barra toma mayor extensión y empieza a soltar hacia las alturas unas nubes llamadas plumiformes o "rabos de gallo", que corren desesperadamente hacia el espectador. Instantes después la barra, que llena ya todo el horizonte, tiene el aspecto de una gran acumulación de cúmulus, un nimbo-cúbulus, muy oscuro y amenazador, pegada al horizonte y avanzando, sin embargo.

Es el momento en que el espectador puede apenas respirar y suda a chorros, se siente pegajoso y debe irse para su casa y meterse en la parte más escondida de ella (si está en aquel piso del Habana Libre, debe bajar también y resignarse a su destino ortóptero). Entre tanto, el ciclonero cubano, con el oído atento a lo que sucede en las calles, está en su casa poniéndose las botas de reglamento y preparándose para ir a auxiliar a alguien.

En tiempos pasados, cuando no había más medios de comunicación que el telégrafo, la voz humana y el correo a caballo, el anuncio

del ciclón lo daban en las calles los policías, negros en su mayoría. Tampoco había un alumbrado que valiera la pena, y el pobre negro, con un farol de mala muerte en las manos, se desgañaba gritando: "¡Ciclón!", "¡Ciclón!", "¡Que viene el ciclón!" y a veces el ciclón se lo llevaba a él antes que a los demás.

Pero, oiga usted: ¿Qué pasó después de aquellos dos días tan esplendentes? No pasó nada. El tercer día amaneció como la berenjena, con brumas y siniestras nubes que siempre corren del Este, como por un canal celeste, hacia el Golfo de México. Y siguen lo mismo.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©